

Antonio Ortega

Sant Celoni (Barcelona), 1968

A interior

En interior

Indoors

1994

Impressió per raig de tinta sobre paper

Cortesia de la Galerie Elisabeth & Klaus Thoman

Se trataba de mostrar una obviedad. La planta que está más cerca de la luz crece mejor.

En ese tiempo yo pensaba que toda respuesta a un estímulo dado es predecible. Sin embargo, al haber tantos factores en juego, en la práctica se convierte en imposible de prever. Es muy difícil, pero posible: no debemos inferir que las acciones son impredecibles o incoherentes al estímulo.

Por ello, con sujetos muy simples y estímulos muy sencillos (luz y planta) la cosa parece ser fácil de determinar.

Finalmente, casi como guiño formal, y para darle aspecto más científico, elijo el fondo de baldosas y el marco de madera que, de alguna manera, recuerdan una especie de gráfico.

Antonio Ortega

Sant Celoni (Barcelona), 1968

Registre de llum / registre de treball

Registro de luz / registro de trabajo

Light Record / Work Record

1998

Impressió per raig de tinta sobre paper

Cortesia de l'artista

Era una época en la que realmente no estaba muy ocupado: mi disponibilidad para estar en el taller era alta. El taller era un semisótano, por lo que no hacía ni frío ni calor, así que se estaba relativamente confortable, excepto porque me había impuesto trabajar vestido con un traje que compré en una tienda de segunda mano y me venía un poco pequeño. Con mi traje puesto tenía, o creía tener, aspecto de Joan Miró. Mis amigos me daban la razón.

Planté una patata en un tiesto que puse en medio del taller. Le instalé un sistema de riego automático por goteo. Cambié los fluorescentes, tal cómo me recomendaron en una floristería, por los de gama azul. Cuando entraba en el taller encendía la luz, cuando me iba, la apagaba.

Las plantas etioladas, esto es, privadas de luz creen que hay algo ahí encima que les hace sombra, por lo que concentrarán toda su energía en desarrollar un largo tallo con el objetivo de superar ese obstáculo y alcanzar la luz. La patata crecía rápido, un tallo blanco y unas hojas raquílicas buscaban angustiosamente superar las sombras.

Yo me sentía responsable de la patata y, en ocasiones, iba al taller con la única ocupación de encender la luz. Me llevaba algún libro, jugaba a frontón contra mí mismo con las pelotas de tenis que caían del polideportivo vecino o me imaginaba cómo sería mi taller si tuviera dinero para hacer una remodelación.

Llegó un momento en que el tallo de la patata no soportó su propio peso y cayó sobre la mesa de melamina blanca. Agotadas sus esperanzas por llegar a la luz, resignada a una penumbra prolongada, la patata debió pensar que tal vez se encontraba bajo tierra, por lo que el tallo decidió que ahora pasaba a ser un estolón. La parte enterrada de la planta de la patata desarrolla dos tipos de ramificaciones: las raíces, para alimentarse, y los estolones que desarrollarán nuevas patatas.

Casi cuatro meses después de iniciar el proyecto las insinuaciones de hojas se redujeron a nada. Una patata, de unos tres centímetros y medio de diámetro, creció en la punta de los ciento catorce centímetros de lo que había sido un tallo.

Arranqué la patata de la tierra, no había desarrollado otras patatas bajo tierra. Recordad que un tallo etiolado destina toda la energía de la planta en crecer. Fotografié el resultado.

Mi falta de compromiso con el trabajo había creado una rareza.